LAS URTECHO

ENRIQUE GUZMAN B.
Escritor Nicaragüense

CINCO hijas mujeres fueron el fruto del matrimonio del doctor Juan Ignacio Urtecho y Doña Magdalena Avilés; todas ellas participaban, más o menos, del carácter bueno e indulgente de su progenitor, y hasta en lo físico su tipo se acomodaba más al de su padre que al de la familia Avilés.

AGUSTINA

La mayor de ellas de nombre Agustina, se educó en los mejores colegios de los EE. UU. pasando después a Francia, permaneciendo en París hasta completar sus estudios.

A su regreso con grandes prendas de belleza, disponiendo de una refinada educación, inteligente y culta fué, desde luego, un adorno de la sociedad granadina.

De color blanco, cabello negro y ojos azules, semejava el tipo de la mujer irlandesa y estas prendas personales la hacían sumamente interesante y atrayente.

A su regreso de Europa sus padres la recibieron con una gran recepción, en la que ella lució sus gracias, bailando danzas que por primera vez se veían en nuestros salones, y ejecutando al piano con maestría.

El doctor Urtecho no casó con su gusto a ninguna de sus hijas. Hombre adinerado, que las había creado con todos los gustos imaginables, no quería desprenderse de aquellos seres para él tan queridos. ¿Quién podía ser el hombre que las quisiera como él sólo las quería? Así fué que al presentarse como pretendiente de Agustina el caballero don Ernesto Martínez, el padre defendió su tesoro como el avaro guarda su dinero. Pero triunfó el amor, y fueron felices en su matrimonio.

Ya casada supo ocupar el puesto que le correspondía en la sociedad, y como esposa fué abnegada hasta el sacrificio, cuando su compañero sufrió un revés en su fortuna, del que se repuso a los pocos años, llegando a escalar el puesto de Ministro de Hacienda en el Gobierno del Gral. José Santos Zelaya, y entonces Agustina, en tan elevada altura, lució las galas de su belleza, de su cultura y porte señorial, tomando parte en las ceremonias oficiales con soltura y dignidad protocolarias.

Desplegó también, ya casada, sus bellas prendas morales, tomando parte en todo movimiento de tendencia religiosa, de Acción Católica o de beneficencia pública. Como tenía propiedad de voz, resolución para

dirigirse a los demás, y acopio de conocimientos era frecuente verla tomar la palabra en reuniones o Congresos Eucarísticos, Asociaciones Religiosas, o en cualquier acto de carácter benéfico o de interés social.

Si en la época en que ella floreció hubieran existido esas mesas redondas, esos Clubes de Señoras, habría recibido el galardón de Mujer de las Américas o cosa parecida.

BLANCA

Blanca Urtecho, la segunda de sus hermanas, como muchas otras cosas en que el nombre no corresponde a la cosa representada, no es de color blanco, sino de un color más claro que moreno, con ciertos pigmentos en la cara que se llaman pecas, pero que en ella no hacían más que lucir como algo que se le riega a ciertos dulces o keques para decorarlos. De ojos azules, claros y apacibles, fue educada también en colegios americanos y europeos. En París nutrió su espíritu con la savia francesa, se refinó su gusto, y regresó siendo una artista en modas, en buen gusto para el arreglo de una mesa, en el arte culinario, y en muchos otros artes plásticos.

Su gusto literario corría parejas con su gusto artístico y su temperamento tierno y apasionado. Si no hizo versos los debía de haber hecho. Era una soñadora. Asidua lectora de la novela francesa. Su juicio sereno, ponderado. Su conversación salpicada con las más refinadas especies de la comida francesa, era un apetitoso manjar saborearla.

Blanca trajo de Europa un amor por un joven granadino que estaba en Francia estudiando también, donde se conocieron.

Pero no contaba con la oposición paterna, que se interpuso entre los dos ellos, y en aquel tiempo en que nada se hacía sin el consentimiento de los padres, sobre todo un paso tan serio como el del matrimonio, el Amor tuvo que ceder su lugar al derecho de los padres injustos en este caso de la elección de estado.

Blanca dejó pasar el tiempo, siguió siendo la dama de mohín interesante, de plática amena, de sonrisa apretada que luego estallaba en sonora y regocijada. Su talento no era para fijarse en cualquier petimetre que le hiciera el amor. Su corazón no era para entregárselo a un lechuguino, sin meollo en la cabeza y sin bagaje intelectual con quien poder sostener una conversación.

Comenzó a visitar la casa del doctor Urtecho un personaje de aquella época que gozaba fama de inteligente, de gustar de la literatura, de aficiones muy semejantes a las de Blanca, con quien, desde luego, simpatizó el asiduo visitante de la casa del doctor Urtecho, que no daba importancia a las frecuentes llegadas a su casa del doctor Coronel Matus, ya que éste era deudo pariente cercano de don Manuel Antonio Coronel, que vivía en Granada, emparentado con la esposa del doctor Urtecho, doña Magdalena, por parte de Avilés.

Sucedió que el trato continuo, la similitud de gustos y aficiones literarias, la interesante conversación de Coronel Matus y la no menos de su interlocutora Blanca, vino haciendo que se entendieran ambos confabulantes hasta prenderse entre los dos ellos la chispa del Amor.

Si el doctor Urtecho se había opuesto siempre al casamiento de sus hijas, en este caso su oposición subió de punto, ya que el novio era mayor de edad que Blanca, persona enferma pues era asmática, aunque de una honestidad a toda prueba, liberal de principios, idealista de los que hoy día no se usan ni se encuentran.

Coronel Matus vestía elegantemente, casi siempre de levita y sombrero de bolero o bombín, a estilo de la época. Su cuerpo era desgarbado, por lo que, aunque llevara puesta buena ropa, su figura no le ayudaba a lucirla. Con todo, para una mujer romántica, el aspecto exterior no cuenta para crearse una ilusión que satisfaga sus aspiraciones. El talento de Coronel Matus sedujo a la joven de oír palabras lisonjeras llenas de pasión, de ese amor que se siente pero que no fustiga la carne, y por consiguiente no es bajo, que nada tiene que ver con los sentidos sino que es espiritual y reside más en nuestra alma que en nuestra naturaleza corpórea.

De este matrimonio son hijos don José Coronel Urtecho, uno de los valores literarios de más alto quilate con que cuenta la intelectualidad nicaragüense y doña Lola Coronel de Chamorro que en su matrimonio con el caballero don Julio Chamorro Benard ha dado a la sociedad una pléyade de profesionales y a la Iglesia sacerdotes miembros de la Orden de Loyola, que son timbre de orgullo para la Religión que los cuenta en su seno.

MAGDALENA

La más parecida físicamente a su padre, sensible, buena, caritativa, de sentimientos católicos, tomaba a pecho todas las cosas referentes a la Iglesia. Fué ella una de las más interesadas por todas a los Padres Jesuitas de la Casa Residencia de Jalteva. Casó muy joven con don Domingo Mora Noriega, y su padre no mostró como en el casamiento de sus otras hermanas la oposición acostumbrada debido a nexos de amistad y políticos con don José Angel Mora padre de Domingo. Murió muy joven dejando varios hijos de los cuales solo están vivas dos mujeres.

MARIA

Hermosa y atrayente. Morena y de ojos azules. De carácter alegre, jocosos, chispeante y comunicativa. De corazón magnánimo se compadecía de todos los dolores de la humanidad, y así se le veía ir a los hospitales, al presidio, a los leprocomios a prodigarles sus consuelos, a llevarles alimentos y ropa, a esos desválidos y hasta dinero en efectivo, haciendo con ellos las veces de una hermana de la caridad.

Su chiste, su sal y su pimienta con que condimentaba su conversación, la hacían el centro de todas las tertulias, y le franqueaban el paso de buenas amistades.

De su matrimonio con don Juan José Zavala nacieron varios hijos que son adorno de nuestra sociedad. Uno de ellos don Joaquín Zavala Urtecho, Fundador y mantenedor de Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano que adopta el presente trabajo para exornar la genealogía de la familia Urtecho-Avilés, una de las más prestigiadas de la antigua ciudad de Granada, de las más rancias en tener familias patricias y de noble estirpe.

ANTONINA

La última de las hijas, lleva el nombre de una de sus antecesoras. De piel blanca como Agustina. Amable, dulce, moderada en las manifestaciones de su espíritu, sencilla en su modo de ser y a la vez comprensiva, es una madona que infunde gran respeto y cariño a la vez.

Casó con el doctor Luis Downing habiendo procreado varios hijos que hoy ocupan puesto distinguido en nuestra sociedad.

En la primavera de su juventud, hubo muchos que aspiraron su mano, y entre ellos uno que intentó quitarse la vida por parecerle mejor dejar de vivir que seguir viviendo sin el amor que ella le inspiraba.

Cuentan que recientemente que fue sometida a una operación quirúrgica, su cuerpo parecía hecho de alabastro. Tal era lo fino de su complexión, la esbeltez de su talle y la pureza de sus líneas.

Todas ellas amigas de mi infancia. Con Agustina y mi hermana Julia jugamos en la esquina de la casa del doctor Salvador Guillén, cuya familia era vecina de nuestras casas. Con las demás hermanas Urtecho me ví muy de cerca, pues casi vivimos juntos, habitando la misma casa, devisión de por medio. María fue amiga predilecta de Julia, mi hermana, y me acostumbré a mirarla como si fuera un miembro de mi familia.

A todas ellas dedico estos recuerdos del pasado, expresión de mi sincero cariño y antigua amistad.